



El aula en búsqueda de su sujeto.

Rouede, Gabriel (FaHCE, UNLP)

En el año 1514, Juan López de Palacios Rubios, consejero del rey Fernando II de Aragón redacta el documento que pasará a conocerse como *El Requerimiento*, cuyo nombre completo es “Notificación y requerimiento que se ha dado de hacer a los moradores de las islas en tierra firme del mar y océano que aún no están sujetos a nuestro señor”. Este texto, que atraviesa el Atlántico hacia las tierras descubiertas por los recién llegados, será fundamental para lo que Adriana Puiggrós llama la primera escena pedagógica de Latinoamérica. Dice: La lectura del requerimiento constituye la primer escena pedagógica de nuestras tierras. En ese acto, el conquistador leía en su propio idioma a los pobladores de estas tierras las condiciones por las que adquirirían derechos si a cambio aceptaban el sometimiento social y cultural. Se sometían al aceptar algo que les resultaba ininteligible y que ellos aceptaban sin sometimiento alguno. Aquel acto incluía a los hombres, mujeres y generaciones futuras.

La escena inaugura una relación entre dominadores y dominados, altera la vida política de las comunidades, profana sus ciclos económicos y autoriza a uno de los mayores genocidios de la historia. ¿y por qué es una escena pedagógica? Porque a partir de allí se comenzaron a constituir nuevas subjetividades, a incorporar a hombres y mujeres a un mundo diferente, donde se era ciudadano o no se era, donde las relaciones con las cosas, con la naturaleza y con Dios mismo había cambiado. La lectura de este documento fue objeto del debate que se dio en Valladolid, instante recuperado por Enrique Dussel para afirmar que ese fue el primer debate filosófico que se dio en la modernidad, en donde el Fray Bartolomé de las Casas sostenía la imposibilidad de que los pueblos comprendan el documento hablado en otro idioma, y que avanzar con la empresa significaba un avasallamiento sobre su cultura; mientras que el Fray Sepúlveda sostenía que si no eran capaces de comprender quiere decir que eran bárbaros que requieren ser evangelizados y sumados a la religión oficial para otorgarles su humanidad.

Así, la escena pedagógica se consuma: se debate qué hacer con los analfabetos que no eran capaces de comprender las palabras de otro hombre, si habría que educarlos o si habría que tratar de entenderlos, si eran bárbaros o si sólo expresaban la misma fe de otra manera, en suma, todo rondaba en torno a la condición humana.

La cara de los dominadores y los dominados fue cambiando a lo largo de 500 años de historia, y sus secuelas siguen presentes. Las pedagogías latinoamericanas que se comenzaron a gestar desde la conformación de los estados nación no dejaron de lado esta discusión histórica, y siempre han respondido a alguno de sus aspectos. Desde perspectivas “civilizatoristas”, por usar un neologismo, como podría ser la pedagogía de Sarmiento o la de los desarrollistas del siglo XX, hasta



perspectivas emancipatorias como las de Bolívar, Martí o Freire, el debate educativo ronda en función del qué hacer con aquellos que serán parte de las nuevas naciones. Si imponer una idea, la rectora, para dejar vicios e ir formando la nación ideal, o si contemplar los saberes y prácticas que cada pueblo trae consigo porque, en definitiva, ellos son los que constituyen las naciones reales. ¿Cómo terminó esto? Como dice Kusch: “Hemos fundado una nación sin pueblo, y ahora tememos que el pueblo funde su propia nación”.

Actualmente, los desafíos educativos que atravesamos giran en torno a la inclusión, a no dejar a nadie afuera, a que se cumpla el derecho a la educación, pero también se encuentra bajo la tensión de ser una educación significativa, que se pueda anclar en lo real, lo que sucede, y que la escuela no quede como una institución vacía de contenido y de sentido.

Bajo esa premisa, algunos autores han retomado las ideas del filósofo Rodolfo Kusch, que si bien no tiene una obra sistemática o una teoría desarrollada sobre la educación, Kusch se recibe de profesor de filosofía en el año 1948, en la UBA, y ejerce la docencia en el nivel secundario y universitario hasta su fallecimiento en 1979. 30 años de labor educativa ha motivado a quienes están detrás de su obra y legado a buscar retazos de sus ideas con respecto al enseñar y el aprender, sabiendo que Kusch no fue sólo un filósofo en el escritorio y en su pluma, sino que trataba de llevar esas ideas y miradas sobre los temas que le preocupaban a las dimensiones de mayor vitalidad, de ahí que Kusch haya tenido que vivenciar para poder reflexionar en torno a sus propias experiencias, con el fin de acercarse al auténtico pensamiento que gravita por nuestro suelo. De ahí que no nos puede parecer extraño que, luego de enseñar durante 30 años, no haya tenido nada para decir de la educación.

Son algunas de las ideas de un autor en particular las que les quería compartir en este trabajo y bajo esta problemática. Autor que ha recorrido la obra de Kusch en búsqueda de alguna pista que pueda servir para complementar y repensar las prácticas educativas, para refrescarlas un poco, a través de alguna idea o de alguna palabra de otro colega de la comunidad educativa, me refiero a Kusch, que ha dedicado su vida a la enseñanza y a descifrar qué es lo que guarda nuestro pueblo en lo más profundo.

César Pafundi, profesor y licenciado en filosofía, magister y doctor en educación, trabajó durante casi diez años en un texto que hoy ve la luz a través del trabajo editorial y que se titula “esbozo de una dialéctica de la subjetividad y de una educación para estar-siendo”.



En él, Pafundi reconstruye los conceptos claves de la obra de Kusch para ponerlos en función de la reflexión educativa. Los más significativos que vamos a recuperar acá son los del **ser** y los del **estar**.

En Kusch, el ser y el estar son las dos dimensiones existenciales en las que se fundamenta la vida humana. La observación que realiza Kusch es que el Ser, principal objeto de indagación de la filosofía occidental, ha colonizado todas las esferas del pensamiento, ¿y en qué consiste este ser? En la cerrazón de los objetos a los que refiere, en refugiarse en la respuesta de *las cosas son así*, en definir mi identidad en vínculo cerrado con el *yo soy así*, en hablar de los demás a través del *él o ella es así*, y ese “así”, que prosigue del *es*, es decir, de su *ser*, es lo que define, de manera casi permanente e inmutable a las personas, a las cosas, al mundo. De ahí que siempre volvemos, en nuestras charlas cotidianas, a frases como “tal persona es así, y la gente no cambia”, o “el mundo siempre fue así, con ricos y pobres, y eso no va a cambiar”. De ahí, el estado de inmutabilidad del ser que nos persigue desde Parménides. “lo que es, es, y lo que no es, no es”.

Sin embargo, nos recuerda Kusch, esta especie de esencia falseada que parece venir apegada al ser tiene su fundamento, y éste se constituye a través del estar. Esta es la dimensión fundamental, la que permite que el ser, sea. Las cosas son porque están, y esto se puede entender de manera casi intuitiva: se está en un contexto, en un suelo, en una cultura, en un lenguaje, se habita un mundo y se constituye un sujeto acorde al universo simbólico de ese mundo. El estar nos demuestra que el mundo es previo a nosotros, y de ese mundo, previo, habitado, significado y vivido por otros, se conjugan las cosas tal como son: las cosas son, porque el humano las usa; las relaciones son, porque el humano las vivencias; el mundo es, porque los pueblos lo habitan, y ese uso, vivencia y habitar tiene que ver con el suelo en donde se esté.

Ahora bien, he ahí el problema de América, que el Ser en el que se habita, se vive y se usan las cosas resulta ser el de la conquista, el de aquel colono gritando El Requerimiento a los habitantes de las islas caribeñas para informarles que ya no son más los poseedores de sus tierras, es un Ser que se forjó en el tiempo y espacio de otro estar-en-el-mundo; y el Estar propio de América fue combatido, invisibilizado y perseguido, pero, como el Estar es algo que va más allá de nuestra propia elección, mantiene su pulso en nosotros, y entre estas dos dimensiones: el estar americano que persiste, y el ser del conquistador que se impone, se conforma buena parte del sujeto de nuestro suelo, es decir, nos conformamos.

De estas dos dimensiones Pafundi va a comenzar su indagación pedagógica, y siguiendo a Kusch va a revalorizar la dimensión del estar, acuñando, al igual que lo hacía Kusch, que dicha dimensión sigue viva en nuestro pueblo, que se manifiesta y se hace presente en cada acto, en cada representación y muestra de fe que escapa a la razón occidental. El Estar no es algo del pasado, sino



que es el modo de vivir humano, un modo actual, que se puede sentir y se puede vivenciar, pero al estar cargado de vitalidad es muy difícil captarlo en concepto.

El Estar se vuelve, entonces, un modo de comprender el mundo en el que se vive, y no piensa al mundo como una cosa, llena de objetos, y uno como una cosa más ahí, sino que piensa al mundo como algo vivo, algo presente e incluso algo anterior a quien lo vive. Esto genera formas propias de relación con la espacialidad, la temporalidad, el nacimiento, el crecimiento, la muerte. En suma, tiene que ver con lo que Kusch llama *pensamiento seminal*. La idea de que la vida tiene un proceso similar al de una semilla, de nacimiento, crecimiento y muerte, pero sería un error reducir esto a sus aspectos biológicos solamente, lo que Kusch nos intenta indicar es que esta fuerza seminal se manifiesta en el plano de las ideas, de las relaciones con el mundo, e incluso de nuestra propia identidad. Aprendemos formas de vivenciar nuestras experiencias, las incorporamos, las maduramos, obtenemos aprendizajes de ello, finalmente entendemos que aquello que hacíamos “cumplió su ciclo” y nos disponemos a comenzar con algo diferente.

Continuando con esta idea del Estar y sumando, ahora, la noción de *fuerza seminal*, Pafundi afirma que, en el plano de la educación, lo que Kusch denomina el “ser”, como una forma de ser moderno y europeo, fue lo que constituyó la *tradición ilustrada* que dio origen a nuestro sistema educativo, y, en consecuencia, la escolaridad de nuestra tierra ha negado e invisibilizado permanentemente la dimensión del estar.

Si hacemos un recorrido, dice Pafundi, desde la ley 1420 hasta nuestra fecha, nos vamos a encontrar con un sistema educativo que en su historicidad ha negado un aspecto muy vital, propio y cultural de los pueblos. Sin embargo, continúa, tampoco hay que negar el aspecto ilustrado del ser, porque sería imposible una educación, al menos institucionalizada, para el *mero estar*.

La propuesta que nos acerca Pafundi es una educación para el *estar-siendo*, concepto clave también en Kusch y que no la podemos terminar de comprender sin otro: el de fagocitación.

Los que nos propone Pafundi es incorporar a la escuela lo que la escuela olvidó, que fue no otra cosa que aquello que una vez también negó. O sea, a las formas escolares que ya conocemos, agreguémosle aquellas manifestaciones culturales, modos propios del lenguaje de cada comunidad, pueblo o barrio, formas de entender y relacionarse con el mundo, a aquellas maneras tradicionales que la escuela ya trae consigo y que están institucionalizadas. Esto es, apostar a un intermedio entre una educación para el mero-estar, que sólo sea vivencia, experiencia y contenido; y una educación que para el ser, relacionada con el *deber ser* y que sea sólo forma escolar. De ahí podemos partir para pensar una educación para el estar-siendo. Una educación que tenga razonabilidad, concatenación de ideas, planificaciones, recreos, una secuencia didáctica, al estilo occidental; pero



que su contenido se pueda relacionar con las manifestaciones culturales del mundo que acontece y, sobre todo, que acontece fuera de la escuela.

Esto es lo que Pafundi coloca en su título como “dialéctica de la subjetividad”, una dialéctica entre el ser y el estar que permita ir formando al sujeto de la educación para el estar-siendo. Una dialéctica que, aunque sus componentes puedan parecer opuestos en un primer momento, son complementarios, y se complementan cuando se fagocitan.

Pensemos la siguiente escena: se arma una planificación de clase, una secuencia con contenidos curriculares y unas actividades que pensamos que van a cumplir sus objetivos de enseñanza-aprendizaje, vamos a la clase con un *miedo*, clásico en los que nos dedicamos a la educación, de que la clase “no funcione”, y ese no funcionamiento muchas veces se relaciona a la falta de interés, a la falta de respuesta del otro lado, o peor, al silencio.

En ese momento nos podemos sentir como el colono leyendo el Requerimiento, algo inentendible y carente de sentido para quienes nos escuchan, e insistir en una lógica del ser, en donde se puede disciplinar ese comportamiento a través de un instrumento poderoso en la educación: la nota numérica. O comenzamos a sentirnos fagocitados, a entender que aquel silencio no se relaciona tanto con el miedo sino con un proceso en donde la propuesta llevada está siendo consumida por algo más grande, quizás ese silencio es el producto del silenciamiento de siglos y que nos puede llevar a modificar nuestras prácticas, nuestras ideas y nuestros materiales para pensar desde otro lado.

En el capítulo 3 de La Yapa, Jauretche dice “El pueblo en que nací, en el oeste de Buenos Aires, era treinta años antes territorio ranquelino, pero la escuela a la que concurrí ignoraba oficialmente a los ranqueles. Debo a Búffalo Bill y a las primeras películas de cow-boys mi primera noticia de los indios americanos. ¡Esos eran indios!, y no esos ranqueles indignos de la enseñanza normalista.”

Tengamos en cuenta la de Jauretche y la propuesta de Pafundi, que a través de Kusch nos invita a volver a plantear una práctica docente con sentido, que construya aula pero que también sirva para significar el mundo que se habita, y pensemos si en cada clase en la que nos paramos frente a nuestros estudiantes llevamos con nosotros El Requerimiento o una parte de nuestra humanidad.

Bibliografía

- Puiggrós, Adriana y Marengo, Roberto (2013). *Pedagogías: reflexiones y debates*. Bernal, Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- Pafundi, César (2022). *Rodolfo Kusch: escobo de una dialéctica de la subjetividad y de una educación para estar siendo*. CABA: MareMium
- Dussel, Enrique (2020). *El primer debate filosófico de la modernidad*. CABA: CLACSO.